

No un libro más, sino 'el' libro (1)



JOSÉ CARLOS LLOP Que la novela en catalán del siglo XX se asienta en dos pilares llamados Villalonga y Rodoreda es indiscutible, pero quizá los haya que no estén de acuerdo. Que la novela mallorquina en catalán del siglo XX tiene sus dos cumbres en Villalonga y Porcel admite poca discusión pero puede admitirla y no seré yo – habiendo buena narrativa entre los seniors y los juniors– quien me meta en estos berenjenales. Que un libro firmado a dos por Villalonga y Porcel ha de despertar curiosidad máxima en nuestra cultura, también quiero imaginarlo indiscutible (aunque uno, a veces, es iluso). Que si ese libro encierra la correspondencia privada y a menudo íntima entre Villalonga y Porcel, su materia ha de despertar ya no curiosidad sino un interés superior –a todos los niveles: desde el personal y social al literario, pasando por el académico y el chismoso–, me parece tan evidente que toda duda sería mera retórica. Pero ¿lo es? ¿Sería retórica? Sólo he de añadir aquí otra cuestión: si alguien nos dijera que ese libro encierra el pensamiento esencial del Villalonga personaje y del Villalonga escritor y la formación, tanto como persona cuanto como escritor, de Porcel, ¿no pensaríamos que tenemos ante nosotros algo así como la piedra Rossetta de la narrativa mallorquina del siglo XX?

Pero he de seguir añadiendo. ¿Y si esa piedra Rossetta nos hablara del papel de maestro –en sentido casi griego– de un inteligentísimo Villalonga y de discípulo –en sentido parecido– de un astuto y eficaz – consigo mismo y sus intereses– Baltasar Porcel, no saldríamos corriendo a leerlo, no fuera que nos estuviéramos perdiendo una de las claves representativas de lo que hemos sido –como sociedad y como cultura y, sobre todo, como literatura–, de lo que somos y de lo que es más que

probable –como destino insoslayable– que continuemos siendo?
Mallorca quintaesenciada, en fin.

Pues nada o muy poco de eso se ha percibido estos meses –y sí mucho silencio– ante la aparición del libro de más de 800 páginas –se dice pronto– escrito a dos manos por Villalonga y Porcel. O mejor: a tres manos de Villalonga y una de Porcel, que es quien guardaba todas estas cartas. Y lo mismo podría decir de su eco barcelonés: escaso cuanto menos y en su mayor parte sesgado o despistado, e imagino que dolido –aquí un gran silencio– por el malparado retrato que se hace en estas páginas del editor Joan Sales y su mujer Núria Folch, ahora dos intocables, lo que son las cosas. Y sólo se me ocurre una manera de interpretar lo que digo: el libro –casi olvidaba su título: Les passions ocultes. Correspondència i vida (1957-1976)– ha disgustado profundamente. O dicho de otra manera: encierra tantas cargas de profundidad para el discurso del establishment cultural, que se ha optado por pasar de largo, reducirlo (como los jíbaros las cabezas enemigas) o convertirlo en una cosa distinta a la que es. Ni siquiera se ha atrevido nadie a ponerlo en cuestión –a desmontarlo– no fuera que pudiera llegarse a la conclusión de que el rey va desnudo. (Tómese únicamente como hipótesis).

Lo que me conduce a otras preguntas inevitables: ¿es una sociedad inteligente (y moderna) aquella que da la espalda, falsea o ningunea todo lo que de sí misma, por elevado que sea, le disgusta? Una sociedad así, ¿encierra alguna esperanza en su futuro, o de tanto maquillar cadáveres acaba apreciando sólo el formol? La cultura de esa misma sociedad, ¿tiene de verdad horizonte o está destinada a vivir atrapada en una de esas campanas decimonónicas de cristal –tan nuestras y tan horribles, por cierto– con floreros hechos de copiñas y caracolillos de mar? O de otra manera: el riego sanguíneo de la cultura, ¿no depende de las formas de vivirla, de asumirla, e incluso de afrontar sus diferentes caras, que tiene la sociedad donde nace?

Los dos personajes de este epistolario, que se lee tan apasionadamente como una buena novela (frase hecha pero cierta), son un viejo novelista

que apenas ha hecho nada en su vida de lo que aconseja a su discípulo –y así le ha ido, podríamos decir– y un joven narrador, tan joven como ambicioso, que quiere convertirse en escritor de gran calado –tal cual: Hemingway o Faulkner como colegas (digo bien) a superar– y que empieza como un joven puritano y acaba con la moral –si puede aplicarse el término– de un condottiero.

He dicho moral y aquí debo acudir al maestro –porque de maestro o tutor ejerce en todas las páginas– Villalonga. Mi gran sorpresa –en algunos momentos desagradable, debido a mi simpatía por su obra y en parte, vida– ha sido descubrir a un Llorenç Villalonga completamente amoral, que desde esa amoralidad establece una doble hermenéutica: la de la vida –de gran sabiduría cínica y práctica (lo que resulta curioso tratándose de L.V.) ahora que la ejerce desde la atalaya de los años y en privado– y la de algo que siempre he detestado y que es ese engendro, o idolillo adorado por tantos, que ha venido en llamarse "carrera literaria". Entre ambas cosas cabe todo: desde el noble vuelo del águila real al cotilleo infecto; desde la sabiduría del hombre culto e inteligente a las mezquinas maniobras de mesa camilla; desde la grandeza de quien cree que la ha perdido –o que no la tuvo nunca– a la convencida aspiración de quien aún no la posee y considera que merece tenerla. Porcel, mientras tanto, permanece a la escucha y en la tercera parte gana y se destapa como el hombre que ya es con una formidable carta de enfado con su maestro, que es, a su vez, uno de los mejores pasajes del libro. Y este libro tiene infinidad. De excelentes pasajes, digo. En fin, que es un libro que si nos pusiéramos a subrayar todo lo notable y llamativo de sus páginas, quedaría en puro tachón.

Llorenç Villalonga es el gran escritor de Mallorca, de vocación europea –de hecho la alzada de su vuelo es comparable a otros de sus contemporáneos franceses e italianos–; con una voluntad primera –que le duró hasta mediados de los cincuenta, él con cerca de sesenta años– de ser un escritor culto y en castellano en una España literaria más propensa al realismo tosco, y con un destino –ya para siempre– de gran clásico de la novela catalana. ¿Hay quién dé más? Y sin embargo se le

sigue arrinconando en la anécdota circunstancial y el detalle malevolente, cuando no bajo la sombra de la guerra civil y su pensamiento conservador como anatema de los pensadores en serie. El velo de este templo provincial que a todos cobija menos a él –también es verdad que ni lo buscó, ni necesitó– se rasga estrepitosamente en *Les passions ocultes*. Repito: estrepitosamente. Por si no bastara con su obra. (Mañana lunes, segunda y última parte).

ARTÍCULO PUBLICADO EN DIARIO DE MALLORCA, 23.04.2012

No un libro más, sino 'el' libro (y 2)



JOSÉ CARLOS LLOP Hay cuatro textos capitales para acercarse a la figura de Llorenç Villalonga, que es una figura que se funde y confunde en su escritura literaria. El primero es magistral y el más luminoso de todos. Son las *Notes Autobiogràfiques*, recogidas y redactadas por Damià Ferrà-Ponç hace más de treinta años en la revista *Randa*.

En el segundo ya aparece Baltasar Porcel –que le había hecho una estupenda entrevista-retrato en la revista Destino años atrás– y se titula Els meus inèdits de Llorenç Villalonga, una colección de escritos donde la personalidad del escritor se perfila con bastante claridad y riqueza de detalles.

El tercero es un libro clave y no por su bondad –en ninguno de los sentidos de la palabra bondad–, aunque es divertido. Cuando digo un libro clave, me refiero para entender alguna de las raíces de la animadversión que despierta Villalonga, relacionada tanto con los males endémicos de la isla como con las miserias de la naturaleza humana. Se trata de la biografía si no vertiginosa sí acelerada, Llorenç Villalonga (o la imaginació raonable), escrita por Jaume Vidal Alcover y publicada por el ayuntamiento de Palma en los 80. No sé si en su fondo late una venganza –celebrada, por cierto, sobre el cadáver (Villalonga sólo llevaba tres años muerto)–, pero no me sorprendería que así fuera. Y si yo tuviera que resumirlo diría: "libro donde el autor se esfuerza por demostrar que él es más señor y de mejor casa que el escritor biografiado, que al fin y al cabo es un no ningún". Y de subtítulo añadiría: "Villalonga o la historia de un desclasado". Es decir, Mallorca a corazón abierto. ¿El bisturí?: vestida o camuflada de una manera o de otra, sa estuferera, término absolutamente intraducible y aguda patología local que suele ir acompañada de altanería, celos, o resentimiento social. Elijan ustedes.

Ah, casi me olvido del cuarto libro. Es –nobleza obliga– la biografía oficial del escritor mallorquín, que encargó su albacea Josep Zaforteza al poeta Jaume Pomar: La raò i el meu dret, libro muy documentado y ambicioso que se lee bien y cumple a la perfección con su origen y su destino. Pues bueno: ninguno de los cuatro le llega a la suela de los zapatos al monumental Les passions ocultes, éste sí un verdadero tratado villalonguiano, un retrato social de primera magnitud –no exagero–, el aria descarnada de despedida de un escritor que envejece, y una novela de formación de otro escritor que crece ante nuestros ojos como heredero elegido por el primero y acaba rechazando su herencia para ser

él mismo y no una secuela más. Y estos dos escritores son nuestros mejores novelistas, pero siendo como somos, nos llenamos la boca con la correspondencia de Saul Bellow e ignoramos –al menos públicamente– la de Villalonga y Porcel. Quizá porque *Les passions ocultes* es una especie del árbol de la ciencia local y comer de su fruto puede resultar peligroso no sólo para adanes y evas –los lectores desnudos de prejuicios– como para los guardianes del paraíso, o policías de las esencias de nuestra cultura, que son variados y a menudo no se soportan entre sí.

¿Quién teme al Villalonga, reducido al novelista de la decadencia de la nobleza mallorquina, cuando ni esa misma nobleza lo admitió entre los suyos, ni él tenía un concepto muy elevado de la misma, ni –si me apuran– la conocía como es debido (como conocían a la nobleza siciliana, por ejemplo, los novelistas sicilianos Lampedusa o De Federico)? ¿Quién teme al Villalonga que ha quedado aparcado en una nebulosa llamada pensamiento carca por otra nebulosa que podríamos llamar pensamiento progre? ¿Son necesarios los clichés? ¿Nos enriquecen en algo? Porque también la cultura, en su ángulo oscuro, acude al cliché para definir –que es una forma de excluir– y así respirar tranquila frente a una obra que inquieta tanto como delata. Pues bien: esta *liaison epistolar* entre Villalonga y Porcel destruye esos clichés – todos– y construye una realidad inesperada, poniendo en tela de juicio sin posibilidad de apelación bastantes tabúes de la tribu literaria y aledaños.

Para empezar –y no por orden de importancia– la correspondencia entre dos de los mejores novelistas en lengua catalana está escrita en siete de sus ocho partes en castellano. Lo demás –una octava parte, si llega– está escrito en catalán, salvo algunas incursiones villalonguianas en el francés como lengua epistolar (y nadie lo ha remarcado hasta ahora). Pero hay más: las cínicas referencias a las supuestas ventajas de pasarse al castellano –algo que había ejercido Villalonga tiempo atrás– como lengua literaria son frecuentes como posibilidad y como consejo y no estamos hablando de la inmediata postguerra sino de finales de los

60. Las maniobras para la concesión de los premios institucionales y las costumbres del periodismo de la época –"si tú escribes en Diario de Mallorca no aparecerás en Baleares", etcétera– no han cambiado un ápice y resulta entrañable observar cómo Villalonga empieza cuidando de la obra incipiente de Porcel y es Porcel quien acaba ocupándose del trato y la divulgación de la obra villalonguiana en Barcelona hasta que se convierte en un clásico en vida. Son más que palpables la disimulada asfixia del que se queda en la isla y el jactancioso desprecio del que se va hacia los que se quedan, ese vicio eterno. Los consejos para la escritura y su sabiduría vital nada tienen que envidiar a las máximas de ciertos moralistas franceses. El empeño de Villalonga en que Porcel deje de fumar, se afeite el "horrible" bigote y haga gimnasia para ensanchar el perímetro torácico roza muy a menudo los territorios de Heraclés, pero también el afecto desprendido y el deslumbramiento ante una vigorosa naturaleza física que ni se tiene ni se tuvo. La relación con su mujer, Teresa, es una delicia, salpicada de humor por ambas partes. Los pasajes del Círculo son memorables (la preferencia por la tertulia de los generales, antes que la compañía de literatos, por ejemplo) y las escenas del Riskal oscilan entre la repostería fina y la áspera crueldad. Palma – sus tramas, alianzas y frentes diversos– respira por todas sus páginas en pleno festín de maledicencia mediterránea, pero también con afecto de hijo (Villalonga) y las suspicacias y el desconocimiento del recién llegado (Porcel). Cella, la iglesia local, la literatura española de la época, todo lo que ustedes puedan imaginar aparece bajo el cedazo crítico del gran Villalonga. La inteligencia está en cada línea, el afán por civilizar al buen salvaje –ese afán de gabinete dieciochesco– esconde la fascinación por el talento natural, la obsesiva insistencia villalonguiana, que ahoga a veces a su interlocutor, ondula como una serpiente por debajo... El panorama que se ofrece de la literatura y cultura locales es implacable y desolador: nadie apenas queda a salvo (y eso ha de doler). La a veces irritada, a veces cargada de sorna, visión del quehacer editorial barcelonés respecto a los autores mallorquines y su forma de emplear la lengua común es un hilo conductor a la hora de establecer la relación entre isla y continente. Los recuerdos, las anécdotas, los juicios... Una escuela de vida, en suma, que somos nosotros –seguimos siéndolo– y

en ocasiones eleva, en otras produce escalofríos y en otras sume en la desesperanza, aunque siempre, detrás, estén la lucidez y la inteligencia bailando un espléndido minué. Música de cámara que deviene gran momento operístico de Villalonga con acompañamiento final de Porcel. Hasta aquí –y me dejo infinidad de cosas en el tintero– puedo leer.

Pero lo cierto es que siendo Villalonga y Porcel las dos cumbres de la novela mallorquina del siglo XX, también son y han sido los dos pararrayos que más hostilidad –sinuosa, camuflada o abierta– hemos visto concertar. La pregunta es: eso ¿es sólo defecto de ellos? ¿O lo es también de nuestra propia cultura y la de quienes –tirios y troyanos, romanos y cartagineses, montescos y capuletos, y marginados voluntariamente, o no– la conformamos? La silenciosa o desviada reacción ante *Les passions ocultes* parece apuntar algo así. Como si nuestra cultura pudiera permitirse estos lujos